



Antigua ilustración del "Tartufo".

con establecer una red provincial... manejar en su provecho a los obispos y colocar pañuelos sobre el pecho de las mujeres públicas; penetraban en el secreto de las familias y pretendían reformar las costumbres privadas "ad majorem dei gloriam". Era un tiempo en que un actor de teatro no podía ser enterrado en lugar sagrado si no se arrepentía expresamente a la hora de la muerte. Molière, que falleció de una afección pulmonar y tuvo un vómito de sangre continuo antes de morir, parece que tuvo dificultades para ser enterrado. Durante mucho tiempo se ha dudado, por este motivo, del lugar en que se encontraba su sepultura.

Yo no sé si todos estos extremos quedan claros en la película, pero en todo caso hay una aproximación a ello en esporádicas, pero significativas secuencias. Una maravillosa ambientación y un inteligente modo de introducir escenas —como la del transporte de las góndolas a través de los montes nevados para contribuir al extravagante lujo de la inauguración de Versalles— subrayan el terrible contrapunto de la magnificencia y la ostentación, y la miseria, y el desamparo popular.

Por lo que a Molière se refiere, se diría que queda bastante claro, a pesar de todo, el fardo terrible, la auténtica maldición del oficio de comediante. Poco después de su muerte, Luis XIV preguntó a Boileau quién había sido el mejor escritor de la época; éste contestó sin titubeos que Molière; indiferente, el Rey continuó su pasco mientras musitaba: "No lo creía así, pero vos entendéis de esto más que yo". Todo un epitafio de los poderes de este mundo sobre la tumba de un genio protegido. Sic transit gloria mundi. ■ R. C.

Gotas nada más

SUPLICO a mis amables lectores que excusen el altivo y pestilente título que encabeza estas pobres líneas. Ocuere que en esta alocada carrera hacia el libertinaje que ha emprendido el personal en la tierra de Santa Teresa de Jesús, la gente ya no sabe qué hacer para llamar la atención, y aunque los tristes hechos que voy a relatar repugnen a mis íntimas convicciones, me veo en la obligación de salir a tan sucio palenque para decir las cuatro palabras que al respecto me dicta mi conciencia. De siempre ha venido mandando nuestra Santa Madre Iglesia, y el venerado Papa Wojtyła así lo recuerda a la menor ocasión que se le brinda, que la pareja humana ha de tener tantos hijos como Dios permita, sin que deba prestar atención a esas voces ateas y marxistas que, con el pretexto de facilitar información verdadera y completa en materia sexual, vierten en sus oídos conceptos disipados y sugerencias de vicios inconfesables; más ha dicho la Iglesia, al advertir reiteradamente que la escandalosa transigencia y permisividad de los poderes públicos en lo que atañe a la pornografía y materias conexas, como la literatura, traería como consecuencia inevitable una nueva escalada en la desvergüenza nacional. Y así ha ocurrido. Hasta ahora, esos trescientos mil abortos que dicen practicarse anualmente en el país venían realizándose con la indispensable discreción que el tema solicita y sin causar escándalo ni sobresalto en la opinión pública. Era el mal necesario, y el poder político y nuestra santa jerarquía religiosa cerraban los ojos, elevaban una oración a lo alto, y un inocente más que, envuelto en un paño de cocina, emprendía su último viaje, a bordo de un camión de basura, rumbo a los vertederos de Vaciamadrid. Y en esas estábamos, que no diría yo que fuera la perfección, pero se le acercaba mucho, cuando una decena de lagartonas de Bilbao, en lugar de hacer calceta o de tomar el té con pastas en cualquier cafetería del Arenal, dioles por emplear el ocio de sus tardes en abortar en casa de cierta señorona acomodada, que carecía, según todos los indicios, de los más elementales conocimientos para realizar la suerte con decoro, ni tenía, por así decirlo, el genio de la raza. Aunque me esté mal confesarlo, las hembras de mi familia, que jamás pudieron desplazarse a Londres ni recurrieron a un ginecólogo de lujo, siempre han abortado según las más rancias tradiciones ibéricas; a saber, dirigidas por los sabios consejos de la abuela, que majaba en el almirez, como sólo sabe hacerlo una abuela, cuarto y mitad de perejil, pontanse dócilmente cabeza abajo, y la abuela, luego de llenarles el agujero viciado con cucharadas bien colnadas del invento, les ordenaba que se tiraran desde los altos del armario o, por lo menos, desde la mesa de la cocina, hasta que expulsaban el feto o se astillaban el fémur, que no siempre, por desgracia, el tratamiento, que ya usara Viriato con su santa esposa, producía el resultado ape-

tecido. Algunas veces, en efecto, mis primas traían al mundo unos niños hermosísimos, aunque, eso sí, algo movidos de facciones unos, con desprendimiento de retina los más, y todos con tales tonos verdosos de piel que, más que crios, parecían guacamayos. Pero la cosa se hacía discretamente, sin dar tres cuartos al pregonero, y dejando en todo momento bien limpia la fama y honra de mi familia y las nobles enseñanzas religiosas que rigieron nuestra educación.

Pues bien; ahora, con la democracia, parece que no, que lo importante no es el honor, ni la religión, sino el escándalo, y las abortistas de Bilbao salen en los periódicos planteando reivindicaciones sociales y relatando su caso como si de vidas

¡YO TAMBIÉN HE ABORTADO!

ANTON AMARGO

ejemplares se tratara; surgen manifestaciones de apoyo que perturban el orden público y hacen necesaria la intervención contundente de nuestra democrática Policía; y en fin, para colmo y espanto de los buenos patriotas, un grupo de mil trescientas cómicas manifiestan públicamente que ellas también han abortado. En la visión apesadumbrada de tan repugnante cuadro social me hallaba inmerso días pasados, cuando mi amigo Malpartida me llamó por teléfono con cierto propósito descabellado:

—Escucha, Antón —dijo Malpartida—. Los empleados de "bingo" de Europa Occidental hemos escrito una carta al juez solidarizándonos con las abortistas de Bilbao.

Siempre he creído en la nobleza de corazón de tales trabajadores, gente abnegada y buena donde la haya, pero, francamente, la propuesta de Malpartida rozaba el esperpento. Además, me llegaba con retraso, pues, días antes, un numeroso grupo de intelectuales, políticos y hombres de ciencia habían promovido un manifiesto, semejante al que me ofrecía suscribir mi querido pero mal aconsejado amigo, y yo me había negado a estampar mi firma.

—Los abortistas quieren la disolución de la familia, las creencias religiosas, la sociedad y el Estado —le dije a Malpartida.

—No sería mal invento —replicó él, que a veces gasta aires volterianos—. Pero se trata de otra cosa. Se trata de acabar con la discriminación que surge del hecho de que una mujer, con recursos económicos, pueda abortar en una clínica, y otra, sin ellos, tenga que hacerlo en una cocina, arriesgando la piel. Pretendemos que la ley tutele el ejercicio del aborto, que sea libre y gratuito y que la mujer, dueña de su cuerpo, pueda elegir libremente entre tener el niño o no tenerlo. ¡Es así de sencillo y de justo, Antón!

Me tenía harta, lo confieso.

—Mira, hermano —le dije, echando mano de toda mi paciencia—. Dejemos las cosas como están. Vete en paz.

Y le colgué. Estaba tan absolutamente jodido con este tema, que decidí escribir este artículo, que es una manera más de abortar, lo confieso, pero en plan constructivo y decente. No como otras.